

EL ÁRBOL DEL LENGUAJE¹

The Language tree

Giorgio Agamben
instantesyazares@gmail.com

[104] El camino que los ensayos aquí reunidos nos invitan a recorrer se propone indicar el lugar a partir del cual el lector pueda abrazar una perspectiva lo más amplia posible sobre los problemas de la lingüística contemporánea. La lingüística parece de hecho hoy dirigida a ocupar un lugar privilegiado entre las ciencias, como si las investigaciones lingüísticas ofrecieran de algún modo el modelo metodológico de todo otro tipo de investigación, desde la etnología hasta la crítica literaria. Preparado a seguir este camino, es por esto inevitable que el lector sea conducido a plantearse sobre todo la pregunta: ¿qué es la lingüística? ¿Qué es – para servirse de las palabras con las cuales se abre un curso de lingüística que, errado o con razón, ha gozado de un lugar de prestigio particular – “la ciencia que se ha constituido en torno a los hechos de lengua”?²

Que la lingüística sea, de hecho, la ciencia del lenguaje es una constatación de por sí evidente, sobre la cual no parece de ningún modo necesario detenerse con el pensamiento. Según la opinión corriente, aquello significa simplemente que – en cuanto ciencia – la lingüística tiene “por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma”³, donde “en sí misma y por sí misma” alude al carácter objetivo del moderno método científico como se ha ido constituyendo desde el siglo XVI hasta hoy.

¿Pero una consideración científica de los hechos del lenguaje es entonces verdaderamente posible? Nosotros sabemos que en 1927 el físico alemán

1. Este texto, “L'albero del linguaggio” de Giorgio Agamben, fue publicado por primera vez en la revista *Ulisse* (hoy perimida), Año XXI, Volumen IX (Septiembre 1968), en una edición especial titulada “Lingua e linguaggi”. La paginación original del artículo es dada entre corchetes interpolados dentro del texto. Todas las notas al pie de página son del autor. La responsabilidad por la transcripción del texto es de los editores, Michael Lewis y Marco Piasentier, con agradecimientos a Connal Parsley, Kevin Attell y Cornell University library, por obtener una copia escaneada del original, y a Giorgio Agamben por permitirnos republicarla aquí en una forma que difiere a la del original solamente en un número de correcciones tipográficas y alteraciones muy menores hechas por el autor. Puede decirse entonces que constituye una versión que representa las intenciones finales del autor.

2. F. Saussure, *Course de linguistique générale*, cap. I, Introd.; trad. cast.: *Curso de lingüística general*, trad. Amado Alonso, Editorial Losada, Bs. As., 1945.

3. Son las palabras que cierran el citado curso de Saussure.

Heisenberg, para explicar la imposibilidad de conocer simultáneamente con precisión la posición y el movimiento de un corpúsculo, fue constreñido a introducir el llamado *principio de indeterminación*, según el cual cada vez que un científico observa o mide un determinado sistema físico, se produce una interacción entre el observador y el sistema mismo que se resuelve en una deformación del fenómeno a observar. Si consideramos el mecanismo que ha hecho posible el nacimiento de la lingüística como ciencia, estaremos inclinados a preguntarnos si un fenómeno de este género no se encuentra también en el fundamento del estudio del lenguaje, y si, consecuentemente, la idea de una lengua considerada “en sí misma y por sí misma”, en su integridad, no es más que un mito entre tantos que han acompañado el surgir de la ciencia del ‘800.

[105] Saussure, que, como Marx para el socialismo, sostenía haber sido el primero en hacer pasar a la lingüística de la utopía a la ciencia, nos informa que “si por vez primera hemos podido asignar a la lingüística un puesto entre las ciencias, es por haberla incluido en la semiología”⁴. La lingüística se ha podido constituir como ciencia solamente cuando ha determinado su objeto como un sistema de signos, esto es, como un conjunto coherente de entidades caracterizadas por la unión inescindible de dos constituyentes, el *significante* y el *significado* (*signans* y *signatum*). En otras palabras, el nacimiento de la lingüística como ciencia coincide con la entrada definitiva y sin residuos del lenguaje en un horizonte semiológico. La “deformación” que se ha producido en la interacción entre el estudioso y el fenómeno en objeto es – en este caso – la reducción del lenguaje a un sistema de signos, entendido en el modo que se ha dicho. La deformación es – a decir verdad – imperceptible, porque – según una definición que bloquea desde casi dos mil años el acceso a una meditación más esencial de los problemas del lenguaje, pero que solamente en nuestro tiempo ha adquirido un valor normativo – la lengua es *fônê sêmantiké*, una emisión sonora que significa algo. Esta definición del lenguaje, contrariamente a cuanto se ha creído por un cierto tiempo, no es de ningún modo un descubrimiento de Saussure: ella estaba ya implícita en un pasaje del *De interpretatione* de Aristóteles y había sido ya completamente elaborada por los pensadores de la Stoa, que consideraban puntualmente el *sêmeio* como una entidad constituida por una relación inescindible entre el *sêmaion* sensible y el *sêmainomenon* inteligible. Saussure no hizo más que brindar esta definición normativa y, haciendo callar toda caracterización diversa del lenguaje que aún resonaba de un extremo al otro del pensamiento griego, se puso a considerar las leyes del lenguaje, tanto desde un punto de vista *sincrónico* (considerando por fuera del tiempo, el estado de la lengua en un momento determinado), como

4. F. Saussure, *op. cit.*, cap. III, “Introducción”.

diacrónico (esto es, respecto a su evolución en el tiempo). Actuando de este modo, él conservó la ilusión de estar considerando científicamente la lengua “en sí misma y por sí misma”, olvidando que “la langue envisagée en elle *même* et pour elle *même*” es algo muy similar a un fantasma y que la investigación lingüística no se sostiene sobre el puro hecho de la lengua, sino sobre una donación ya preorganizada desde la reflexión filosófica y sobre la lengua considerada o, si se quiere, pre-juzgada como sistema de signos.

Luego de Saussure, esta caracterización del lenguaje como signo constituye el fundamento de todas las investigaciones de los lingüistas y ha sido aceptada como un dogma indiscutido también por aquellos que, respecto a Saussure, se ponían en una posición decididamente crítica (cfr. Jakobson: “El pensamiento moderno estructuralista ha establecido con certeza: el lenguaje es un sistema [106] de signos, y la lingüística es parte integral de la ciencia de los signos, la Semiótica [la *sémiologie* de Saussure]. La definición medieval del signo; *aliquid stat pro aliquo*, que ha sido resucitada en nuestro tiempo, se ha demostrado siempre válida y fecunda”⁵).

Si a la pregunta que nos habíamos planteado inicialmente podemos ahora responder – sin que nuestra respuesta aparezca como obvia – que la lingüística es la ciencia que estudia el lenguaje considerado como un sistema de signos, surge ahora espontáneamente la pregunta sobre cuáles sean los fines concretos que esta ciencia se prefija. También aquí la respuesta es aparentemente simple: la lingüística – se dice – busca las leyes (sincrónicas y diacrónicas, en el sentido que se ha visto) del lenguaje. ¿Pero qué quiere decir buscar las leyes de un fenómeno o de un sistema? Nosotros estamos tan habituados a representarnos lo real como un sistema gobernado por leyes (a presentárnoslo, como se dice, “racionalmente”) que no nos preguntamos tampoco qué puede significar una expresión como: “buscar las leyes del lenguaje”. La palabra “racionalmente” que hemos usado poco antes nos ayuda a encontrar una respuesta.

La investigación científica y, en general, todo nuestro modo de pensar en cuanto hombres modernos (así como la posibilidad de que algo así como una ley exista), se funda en un principio que fue enunciado claramente solamente en el siglo XVII con el nombre de *principium rationis*, principio de razón. Leibniz, que portaba un gran orgullo por haberlo descubierto, lo enuncia de este modo: *nihil est sine ratione*, nada es sin razón. Ello significa que nada existe en el universo de lo cual no se pueda dar la razón o, como se decía entonces, de lo cual no se pueda *reddere rationem*. Razonar significa puntualmente: buscar y dar la razón, llamar a lo real a dar su razón. La lingüística – en cuanto ciencia – busca por lo tanto la razón del lenguaje, convoca el lenguaje *ad rationem reddendam*. *Ratio*, razón, se dice,

5. En *Essais de linguistique générale*, Paris, 1963, p. 162.

en griego, *logos*. Pero *logos* es también el nombre que los griegos daban al lenguaje. La célebre definición aristotélica del hombre como *zōon logon echon* significa tanto que el hombre es “el animal que razona” como que él es “el animal que habla”.

Hamann, un pensador que Hegel y Goethe tenían en cuenta y que estuvo entre los primeros en plantear de manera radicalmente nueva los problemas del lenguaje, escribe en una carta a Herder: “Aún si yo fuera elocuente como Demóstenes, la única frase que tendría necesidad de repetir tres veces es esta: Razón es Lenguaje, λόγος. Yo roo este hueso y lo roeré [107] hasta la muerte. Para mí siempre está presente la oscuridad sobre este vértigo, y estoy siempre a la espera de un ángel apocalíptico que traiga la llave de este abismo”. Si esto es verdadero, si *logos* es lenguaje, si razón y lenguaje son la misma cosa, ¿cómo es posible dar la razón del lenguaje? Si nada es sin razón, la razón se mantiene todavía fuera de su principio. Aquello que funda es necesariamente sin fondo. Propiamente, en cuanto razón, el lenguaje termina así por ponernos frente a un abismo y nos obliga a girar eternamente en círculo: como la rosa de la cual habla Angelus Silesius, ella “es sin por qué; florece de ser en flor / de sí mismo olvido, y no quiere ser visto”.

Así la pregunta sobre qué cosa sea la lingüística como ciencia, nos conduce propiamente a poner en duda la posibilidad misma de la lingüística, en cuanto ciencia que busca la razón del lenguaje y quiere obligar al lenguaje a dar su razón. Pero, si es verdad que la interrogación es la piedad del pensamiento, si nuestra pregunta nos habrá conducido a preguntarnos de un modo más original: ¿qué es el lenguaje?, entonces ella nos habrá conducido también a una zona en la cual podremos escuchar en su sonoridad propia los ensayos aquí reunidos y plantearnos una vez más en su sentido más pleno la pregunta: ¿qué es la lingüística? ¿Qué es la ciencia que se ha construido en torno a los hechos de la lengua?

Resta ahora por preguntar a qué se debe el lugar privilegiado que la lingüística ocupa hoy entre las otras ciencias. Para responder a esta pregunta, quisiéramos invitar al lector a volver con el pensamiento al mito bíblico del origen del lenguaje. En el relato del Génesis, el origen del lenguaje es presentado de este modo: “Yavé entonces formó de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo, y los llevó ante el hombre para que les pusiera nombre. Y cada ser viviente había de llamarse como el hombre lo había llamado. El hombre puso nombre a todos los animales, a las aves del cielo y a las fieras salvajes”⁶. Del lenguaje original de la humanidad, de la lengua adánica, no sabemos nada más; pero podemos argumentar desde

6. Génesis, 2,19. Trad. cast.: *Biblia Latinoamericana*, dirigida por Bernardo Hurault y Ramón Ricciardi.

las palabras del Génesis que ella era una suerte de nomenclatura cuyo fin era el de asegurar al hombre aquel “dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre las fieras salvajes” que Dios le había prometido al momento de la creación.

Cuando Adán fue expulsado del Edén y dio inicio sobre la tierra a su descendencia, la humanidad conservó todavía el lenguaje original. El poder [108] de esta nomenclatura adánica debía ser verdaderamente notable si Dios, según narra el mismo Génesis, debía confundirla a Babel para impedir que los hombres edificaran la torre “que llegue hasta el cielo”: “y dijo: «Veo que todos forman un mismo pueblo y hablan una misma lengua, siendo esto el principio de su obra. Ahora nada les impedirá que consigan todo lo que se propongan. Pues bien, bajemos y una vez allí confundamos su lenguaje de modo que no se entiendan los unos a los otros.»”⁷

Hacia la segunda mitad del siglo XVII, filósofos y lingüistas – empujados por la nostalgia del mítico poder del lenguaje de Adán – se plantearon el problema de cuál debería ser la lengua de la humanidad antes de la confusión de las lenguas en Babel. Propiamente en el momento en el que se estaban sentando las bases de la ciencia moderna, ellos habían comprendido que el problema del conocimiento estaba indisolublemente articulado con aquel del lenguaje, y pensaban que si el hombre hubiera recuperado la lengua de Babel, ningún obstáculo se habría opuesto jamás en la marcha de la ciencia hacia la adquisición plena de la verdad.

Un matemático jesuita, Athanasius Kircher, e, independientemente de él, Wilkins y Dalgarno, se dieron cuenta de que, si era imposible llegar a la lengua adánica a través de un examen analítico de los lenguajes naturales conocidos, era todavía posible construir un lenguaje artificial que tuviera las mismas características del original: sería universal – en el sentido que podría ser comprendido y hablado por todo el género humano – y, propiamente por esto, *racional*, en el sentido que una vez encontrados sus caracteres o signos primeros e irreductibles (su “gramática filosófica”) el entero universo lógico-lingüístico fluiría automáticamente desde los signos mismos, a través de un sistema de reglas de transformación implícitas, así como adviene en la serie de los números naturales, por los cuales nosotros sabemos sin necesidad de pensar que $2+1 = 3$. Descartes, planteándose, en una carta a Mersenne del 20 de noviembre de 1628, el problema de si una tal lengua “filosófica” fuera posible, había comprendido que la posibilidad de su invención dependía “*de la vraye philosophie*”, porque suponía que se podría establecer un alfabeto de todas las ideas simples del cerebro humano, desde las cuales derivar todos los posibles razonamientos.

7. Génesis, 11,6.

Puesto en este camino, a través de un método por él definido analítico-sintético, Kircher alcanzó a diseñar un verdadero y propio árbol de la razón que, partiendo de una base y desarrollándose a lo largo de un tronco vertical y de ramas horizontales, compendia en sí el entero universo lógico y provee la estructura elemental de todo posible conocimiento. En este punto, es suficiente asignar a cada uno de estos elementos primeros un signo apropiado, para que el árbol de la Razón se transforme en un árbol del Lenguaje [109] y el hombre entre en posesión de un perfecto equivalente de la lengua de Babel. Al conocer las investigaciones de Kircher, Wilkins y Dalgarno, Leibniz se dio cuenta de que el problema por resolver para poder transformar el árbol de la Razón en el árbol del Lenguaje y construir así la lengua universal, que habría abierto al hombre las puertas del conocimiento confundidas en Babel, era encontrar el nexos racional que ligaba el signo a la cosa representada (el significante al significado, diríamos hoy), porque, según sus palabras, “es necesario que haya una razón por la cual ciertas voces sean asignadas a ciertas cosas” (*causas subesse oportet, cur certae voces certis rebus sint assignatae*)⁸. Por esto, Leibniz buscó toda su vida construir una ciencia, la “Característica” o “Especie universal”, que anticipa más de dos siglos al proyecto saussuriano de una ciencia general de los signos y habría revelado a los hombres la “razón” que ligaba el signo a las cosas: “*puisque c’est elle [la Característica] qui donne les paroles aux langues, les lettres aux paroles, les chiffres à l’Arithmétique, les notes à la musique; c’est elle qui nous apprend le secret de fixer le raisonnement et de l’obliger à laisser comme des traces visibles sur le papier en petit volume, pour être examiné à loisir; c’est elle enfin qui nous fait raisonner à peu de frais, en mettant des caractères à la place des choses*”.

En 1702, a los sesenta años, Leibniz copia y anota el *Lexicon Grammatico-philosophicum* de Dalgarno, cuyo título vale la pena – por las razones que se verán – transcribir aquí enteramente: “LÉXICO GRAMÁTICO-FILOSÓFICO, o bien Tabla de todas las Cosas o Nociones simples y generales, sean naturales o artificiales, comprendiendo en sí las Causas y las Relaciones comunes, metódicamente ordenadas; a las cuales significados son asignados por los nombres, no de modo arbitrario, sino con arte e inteligencia, conservando la correspondencia analógica entre la Cosa y el Signo. De las cuales Cosas y Nociones se forman luego, a través de reglas generales y ciertas, y según una analogía lógico-gramatical, todos los otros nombres más complejos, o por deducción, o por combinación en una o más voces”.

Si nos hemos detenido sobre las investigaciones de Kircher y de Leibniz y hemos transcrito entero el título del tratado de Dalgarno, es porque en ellos se encuentran implícita o explícitamente anunciados los motivos fun-

8. Leibniz, *op cit.*, pp. 98-99.

damentales de la lingüística actual. También el lector profano sabrá que, con la publi[110]cación en 1957 del opúsculo de Noam Chomsky: *Syntactic Structures*, la lingüística contemporánea atraviesa una verdadera y propia tempestad, luego de la cual, como ha sido dicho, todo aquello que los lingüistas habían tenido por artículo de fe se encontró nuevamente puesto en cuestión. ¿Cuál es el punto de partida de las investigaciones de la nueva escuela lingüística? Chomsky mismo declara su deuda hacia las corrientes de pensamientos racionalistas de los siglos XVII y XVIII y si también parece ignorar las investigaciones de Kircher y de Dalgarno y los escritos de Leibniz sobre la lengua racional, cita varias veces a Descartes y los otros escritos de Leibniz y se inscribe explícitamente en las investigaciones de los filósofos de Port-Royal sobre la gramática universal. Según Chomsky, todo sujeto parlante se comporta como si poseyera, innata en la propia sustancia pensante, una suerte de código generador capaz de establecer vínculos entre semantemas y fonemas en un número indefinido de combinaciones posibles. Todo adviene, es decir, como si toda lengua poseyera una “gramática generativa” (*generative grammar*) que puede dar cuenta – partiendo de una base de estructuras mínimas y a través de un sistema definido de reglas de transformación – de cualquier frase posible, tanto para aquella que concierne el contenido semántico de la frase como su estructura fonológica.

Una “gramática generativa” entendida en este sentido se puede paragonar al juego del Pequeño Ingeniero, que todo niño conoce; hay, en primer lugar, un núcleo de elementos primitivos, materiales-base a partir de los cuales serán fabricados los nuevos objetos (A); las instrucciones que indican las operaciones que es necesario cumplir para construir los nuevos objetos a partir de los primeros (B) los esquemas estructurales de los objetos por construir (C). La analogía que la idea de “gramática generativa” presenta con el árbol filosófico del lenguaje elaborado por Kircher y con el Léxico gramático-filosófico de Dalgarno (que eran, puntualmente, los sistemas lingüísticos generadores) es sorprendente.

Y la analogía deviene todavía más sobresaliente, si se tiene en cuenta que Chomsky y los otros teóricos de la nueva escuela lingüística están más inclinados a renunciar y a deducir, por vía de análisis, las gramáticas generativas de las lenguas naturales existentes, y terminan construyendo (a través de un procedimiento definido “análisis por síntesis”, que recuerda así precisamente aún en el nombre al método analítico-sintético de Kircher) gramáticas generativas puramente abstractas, de la especie de “máquinas lógicas”, que proveen la descripción estructural de lenguas teóricas y virtuales, como era puntualmente la lengua filosófica de los racionalistas del ‘600.

En cuanto al otro aspecto de las investigaciones de Leibniz y de Dalgarno, esto es, la relación necesaria que debe existir entre el signo y la cosa (entre

significante y significado), también él encuentra una correspondencia exacta en la otra gran corriente de la lingüística estructural contemporánea, esto es en la crítica de Jakobson al teorema saussuriano de la arbitrariedad del signo.

[111] Sin entrar en las particularidades de esta crítica, que resultarían poco comprensibles al lector inexperto en estudios lingüísticos, recordaremos que ya en el *Crátilo* de Platón, Sócrates discute con Hermógenes el problema de si, en el lenguaje, la forma deba considerarse conjunta al contenido “por naturaleza” (*physei*) o “por convención” (*thesei*). En el diálogo platónico, Sócrates se inclina por la primera solución, mientras Hermógenes sostiene la segunda.

En la lingüística moderna, la tesis de Hermógenes había terminado por prevalecer, y Saussure – aunque con algún titubeo – habría llegado a establecer un verdadero y propio teorema de la *arbitraire du signe*. Jakobson – retomando los motivos ya afirmados por Otto Jespersen y por el americano Peirce – devuelve el honor a la tesis de Sócrates, y la hace fundamento de una serie de brillantes análisis en el cual el acento, en el examen de los fenómenos lingüísticos, se corre del aspecto lexical al estructural.

De este modo, el segundo tema fundamental de la lingüística contemporánea – junto a la teoría de las gramáticas generativas – es, si se mira con atención, propiamente la construcción de la “Característica” buscada por Leibniz, esto es de la ciencia que permite de establecer la conexión racional entre el signo y la cosa.

En 1677, a la edad de 31 años, Leibniz escribe un diálogo “Sobre la lengua racional”, esto es, sobre el método que habría permitido calcular, en modo completo y para todo aquello que existe, la relación entre la palabra, el signo y la cosa. En este escrito, Leibniz, como ha sido observado⁹, plantea las bases lógicas de aquello que nosotros conocemos hoy como cerebros electrónicos y máquinas cibernéticas. En una nota al margen del texto, se lee esta frase del puño de Leibniz: “*Cum deus calculat, fit mundus*”, mientras Dios calcula, el mundo se hace. El “cálculo” divino es la razón secreta escrita en el universo y en el lenguaje del hombre para realizar cualquier proyecto y tomar sobre sí el dominio de la tierra.

Si la lingüística ocupa hoy un lugar privilegiado entre las otras ciencias, es puntualmente porque ella, buscando la razón del lenguaje, hace en realidad posible la construcción de un método universal de la ciencia paragonable a la *lengua racional* de Leibniz, y cuya elaboración definitiva es tarea de la cibernética y de la teoría de la información. En otras palabras, en la lingüística contemporánea la frase: “el lenguaje es razón” es entendida en el sentido que “el lenguaje es cálculo”, una máquina lógica que transfor-

9. M. Heidegger, *Der Satz vom Grund*. Pfullingen, 1957, cap. 12.

ma según reglas matemáticas un aspecto de la información en otro: y la lingüística estudia puntualmente el mecanismo de este cálculo que provee la estructura racional de todo posible conocimiento.

Si esto es verdadero, la lingüística no sería entonces simplemente la [112] ciencia que tiene por objeto los hechos de la lengua sino un llamado dirigido al lenguaje para que se conforme a la instancia por todos lados dominante de la razón calculadora y se disponga en conformidad del cálculo universal. Desde esta perspectiva, la convergencia siempre más amplia de las investigaciones lingüísticas con aquella de la teoría de la información y de la cibernética asumiría un significado del todo particular. El árbol del lenguaje no sería entonces otra cosa que una rama de aquella “ciencia matemática del alma” (o *Psicología matemática*) que ya se anuncia como la ciencia central de los próximos años y en cuyo cálculo universal lingüística, teoría de la información y cibernética no constituyen más que los escalones de acceso.

Hemos visto que, en su investigación de la razón del lenguaje, la lingüística ha sido conducida a renunciar a muchos de los postulados establecidos por Saussure, y a elaborar un método semimatemático que – recuerda aquel de Kircher y de Leibniz – no parece así tener mucho en común con aquel de la lingüística tradicional. La creciente importancia asumida por la teoría abstracta de las gramáticas generativas y la introducción de los modelos lingüísticos han inducido a muchas universidades americanas a instituir cursos especiales de matemática como propedéutica necesaria a los estudios sobre el lenguaje. La lingüística algebraica – a la cual las teorías de Chomsky han dado un impulso notable – está en creciente desarrollo.

Y todavía, de un extremo al otro de la historia de la lingüística, un postulado ha quedado indiscutido: y es la definición del lenguaje como sistema de signos, unidad indisoluble de significado y de significante. Si bien no han faltado críticas radicales por parte de los filósofos y aún más se ha llegado a hablar recientemente de una “clausura histórica de la edad del signo”¹⁰, el dogma del signo ha quedado intacto. En este sentido, se puede decir que la lingüística contemporánea resta fiel en el fondo al proyecto semiológico saussuriano. El lenguaje resta – para ella – *fônê semantiké*, en una emisión sonora que significa algo. La estructura de este sistema de signos es entendida como racional, en el sentido de que sea, esto es, posible de dar la razón y de diseñar un modelo formal, análogo a una teoría formal matemática. De pari passo a la matematización de los estudios lingüísticos, nosotros asistimos a una convergencia siempre más acentuada de la lingüística (devenida, como se ha visto, una rama de una más amplia teoría matemática del alma) con la cibernética y la teoría de la información (el lector no debería por

10. J. Derrida, *De la grammatologie*, Paris, 1968, p. 25.

ello maravillarse, por encontrar en un volumen [113] como este, dedicado a la lingüística, el aporte de un estudioso de cibernética como Ceccato). El estudio del lenguaje como “máquina lógica”, reproduciendo sobre un nuevo plano el problema tradicional de la relación entre la lengua y el pensamiento, es una útil contribución a la solución del problema fundamental de la cibernética, y consiste en aquel de la modulación del pensamiento humano en la máquina calculadora universal¹¹.

Por este camino, la lingüística parece dirigida a realizar los sueños de los filósofos racionales y dirigida a construir un árbol racional del lenguaje que, como el *Arbor philosophica universae cognitionis typus* diseñado por Kircher al final de su *Arte magna del saber*, cuyo tronco se elevaba desde el abismo de la nada hacia las regiones celestes, proporciona la razón estructural del entero universo lógico.

Pero, junto a esta posibilidad, otra se presenta que, anunciado junto a la aurora del pensamiento griego, ha permanecido, por así decir, en reserva en la historia de la meditación occidental sobre el lenguaje. Según el camino que esta posibilidad abre al pensamiento, el lenguaje es *logos*, pero *logos* no significa simplemente “razón, cálculo”, sino que designa, según su etimología, el acto de reunir, de mantener y llevar algo delante de la mirada para que él aparezca por aquello que es. El lenguaje, en este sentido, es aquello que hace que toda cosa se tenga recogida en sí misma delante a nosotros en la luz de la presencia. Por esto los griegos decían: *to autò estín te kai êinai*, “una sola cosa son el ser y el lenguaje”, y habían interpretado por un largo tiempo la naturaleza del signo, propia del lenguaje, en la luz de su original pertenencia al ser.

Un fragmento de Heráclito expresa magníficamente esta dimensión ontológica del signo: “El Señor, que en Delfos es el oráculo, no desvela ni esconde, sino que significa (*sêmainei*)”. En la unidad indisoluble del signo lingüístico, los griegos vislumbraron el misterio del ser que, apareciendo en el significante sensible, se esconde, y, escondiéndose, aparece, y esta doble naturaleza del ser habían querido expresar en la determinación negativa que ellos daban a la verdad: *alêtheia*, no-ocultación, desvelamiento, copertenencia del aparecer y del ser celado.

La esencia del lenguaje no se agotaría, entonces, en ser un medio de comunicación y de expresión, un sonido significativo, sino que su carácter semiológico no sería a su vez más que un indicio de la original [114] pertenencia del lenguaje al ser. La perspectiva semiológica que la lingüística abre sobre el lenguaje sería por esto exacta solamente en la medida en la cual ella se abre en una más amplia dimensión ontológica, porque es en el lenguaje que el hombre – este animal provisto de palabra – se acerca más

11. Cfr. Saumjan, *La Cybernétique et la langue*, Diogene, 1965, n. 51.

al problema del propio ser en el mundo, y recupera cada vez su estación fundamental frente al ser.

El árbol del lenguaje es la unidad del árbol de la vida y del árbol de la ciencia que Adán había poseído en el Edén y que la confusión de las lenguas en Babel quitó a la humanidad. En este sentido, el hombre está siempre en camino al lenguaje, y la lingüística – esta “ciencia que se ha constituido en torno a los hechos de lengua” – serviría entonces a su fin si, orientando al hombre en su camino al lenguaje, lo obligara a prestar escucha a la palabra y a la razón (queremos poder decir: a la *palabra-razón*) del lenguaje.

Traducción Juan Cruz Aponiuk

